



LAS LÍNEAS MAESTRAS DE LA EXHORTACIÓN *VITA CONSECRATA*

ABRIL 2021 - 2º LÍNEA MAESTRA:

La identidad de la vida consagrada en el marco de la divina revelación¹.

La identidad de la vida consagrada no puede ser establecida desde abajo o con criterios puramente naturales. No es, en efecto, una cuestión meramente filosófica o sociológica. Sus notas características pueden ser delineadas solo sobre la base de la plenitud de la divina revelación cumplida en Cristo.

Para describir la «realidad» de la vida consagrada es indispensable hacer referencia a la «Realidad» de la «Trinidad Santísima» (*VC* 111a), que está en su origen y que constituye su finalidad. La «triple relación» (*VC* 36f) y la «triple orientación» (*VC* 36c) de la vida consagrada a la Trinidad no pueden pasarse por alto de ninguna manera.

Para aproximarse a la naturaleza íntima de la misma vida consagrada es igualmente necesario tomar como camino ineludible la «santísima humanidad» del Verbo encarnado, el cual, también en este horizonte, debe ser reconocido como el verdadero «Camino» (*Jn* 14,6; cf. *VC* 18a). El significado de la vida consagrada debe buscarse y solo puede encontrarse en la contemplación de Cristo consagrado.

La vida consagrada, en el sentido cristiano aquí usado, no puede ser considerada como una planta nacida y crecida en tierra de nadie, porque ha nacido y se ha desarrollado en la tierra de Cristo. La vida consagrada ha aparecido encarnada en la carne de Cristo, mediador y plenitud de la revelación del Padre.

Prescindir de sus esenciales dimensiones trinitarias y cristológicas, sería traicionar la identidad de la vida consagrada, sería reducir su vitalidad a la de un cuerpo muerto. «La vida consagrada es anuncio de lo que el Padre, por medio del Hijo, en el Espíritu, realiza con su amor, su bondad y su belleza». (*VC* 20a).

Quien acepta la vida consagrada como obra de Dios y como don bajado del cielo, camina en la humildad de la verdad, se da cuenta de su «frágil humanidad» (*VC* 20b) y evita caer en la vanagloria o en las tentaciones nacidas del espíritu de autosuficiencia (cf. *VC* 38c). El reconocimiento de la excelencia objetiva de los valores evangélicos de la vida consagrada (cf. *VC* 18c; 105c) debe tener lugar en el respeto pleno del principio teológico paulino: «Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieses recibido?» (*1 Cor* 4,7).

La vida consagrada debe ser contemplada como un «misterio» que tiene su fuente última en el misterio de la «Trinidad Santa y santificante» (*VC* 21a). Caracterizada por la profesión de los consejos evangélicos, ella es «antes que nada *un don de la Santísima Trinidad*» (*VC* 20a), una realidad a cultivar en actitud de «*oración a la Trinidad*» (*VC* 111t) y a testimoniar «*para alabanza de la Trinidad*» (*VC* 17t).

¹ Angel Pardilla, *Vita consacrata per il nuovo millennio. Concordanze, fonti e linee maestre dell'esortazione apostolica Vita Consecrata*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano, 2003, p. 1354.

«La referencia de los consejos evangélicos a la Trinidad Santa y santificante revela su sentido más profundo» (*VC* 21a).

El misterio de la vida consagrada tiene su origen más concretamente en el misterio del Verbo encarnado. La profunda verdad y la riqueza de los valores de la vida consagrada resplandecen en la revelación del misterio de Cristo, «que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación» (*DV* 2). La persona consagrada sabe que debe buscar el sentido más determinante del propio modo de existir y de obrar en el Verbo encarnado, que «con su presencia y la manifestación completa de sí mismo, con sus palabras y obras (...) lleva a perfecto cumplimiento la revelación» (*DV* 4; *DV* 17).

El dinamismo más fuerte de su elección de amor, la persona consagrada lo obtiene de la «contemplación del amor trinitario, que nos ha sido revelado en Cristo» (*VC* 88b). En el lavatorio de los pies y en toda su vida de servicio, Jesús «revela (...) el sentido (...) de la vida consagrada, que es vida de amor oblativo, de concreto y generoso servicio» (*VC* 75b). «Desde los primeros siglos de la Iglesia ha habido hombres y mujeres que se han sentido llamados a imitar la condición de siervo del Verbo encarnado» (*VC* 6b). «Las personas que siguen a Cristo en la vía de los consejos evangélicos desean, también hoy, ir allá a donde Cristo fue y hacer lo que Él hizo» (*VC* 75b).

La vida consagrada está «enraizada profundamente en los ejemplos y enseñanzas de Cristo el Señor» (*VC* 1a). Ellos son los que «iluminan el sentido de esta especial vocación» (*VC* 14c). La Transfiguración «es un acontecimiento de revelación» (*VC* 15b), y toda la forma de vida de Jesús, en sus elementos determinantes, tiene la fuerza de la divina revelación. Cristo «asume la forma de vida virginal y revela así el valor sublime y la misteriosa fecundidad espiritual de la virginidad» (*VC* 22b). Es necesario colocarse en la misma perspectiva de la revelación para descubrir el valor sublime del «misterio de la obediencia filial» (*VC* 16c; cf. 91b) y de su pobreza (cf. *VC* 22b; 90c). La vida consagrada es un misterio porque es «identificación “conformadora” con el misterio de Cristo» (*VC* 16d): «la profesión de los consejos evangélicos está íntimamente relacionada con el misterio de Cristo, teniendo el cometido de hacer de algún modo presente la forma de vida que Él eligió, señalándola como valor absoluto y escatológico» (*VC* 29c).

La Iglesia es «misterio» (*VC* 29t; 29b; 33b; 48a; 53b; 57a), por su íntima comunión con el misterio de la Trinidad. La Iglesia es pueblo santificado por la Trinidad, el «pueblo reunido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (*VC* 41b). La Iglesia es también misterio por su profunda conexión con el misterio del Verbo encarnado. El misterio de la vida consagrada encuentra su lugar especial y su rol específico al interno de la riqueza del misterio de la Iglesia.

La verdadera identidad de la vida consagrada puede ser establecida solo a la luz de la divina revelación. Solo la divina revelación permite tener una visión completa de la dignidad de la persona consagrada.

Vivir como personas consagradas en la Iglesia y en el mundo es cultivar al máximo el sentido de la dignidad de la persona humana. Para convencerse de la solidez de tales afirmaciones, conviene hacer, tres pasos desde el punto de vista metodológico. En primer lugar, es necesario admitir, que la persona humana es una persona creada por Dios, y que solo en la apertura al mismo Dios puede alcanzar el debido respeto y realizar el desarrollo deseado de su propia dignidad: «La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios» (*GS* 19). Utilizando todos los elementos de reflexión a disposición, es necesario reconocer, en segundo lugar, que el Dios que llama a la persona humana a la comunión con Él, es el mismo Dios que se revela a sí mismo y que

revela la grandeza de la dignidad del ser humano, en el misterio del Verbo encarnado: «En realidad, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado» (*GS* 22). En el Verbo encarnado Dios se revela como Santísima Trinidad, es decir como Padre, Hijo y Espíritu Santo, y el hombre se descubre como llamado a la comunión con la misma Trinidad. Solo en la comunión con la Trinidad la dignidad de la persona humana encuentra su auténtico y sobrenatural desarrollo. En tercer lugar, algunas personas, contemplando el misterio del Verbo encarnado, se sienten llamadas a vivir en su misma forma de vida, es decir, a reproducir en la propia humanidad -como encarnándolos en la propia carne- los rasgos determinantes del Verbo encarnado. Quieren desarrollar su dignidad asumiendo por gracia de la Trinidad, los valores revelados en la forma de vida de Cristo. El misterio de la vida consagrada encuentra verdadera luz solamente en la forma de vida del Verbo encarnado: «el estado religioso (...) *representa perennemente en la Iglesia el género de vida que el Hijo de Dios tomó* cuando vino a este mundo para cumplir la voluntad del Padre» (*LG* 44; cf. *LG* 46; *VC* 1a; 14a; 22a). Ser «*memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús* como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos» (*VC* 22c) es objetivamente el mejor modo de cultivar la dignidad de la persona humana, el modo más evangélico de vivir sobre esta tierra: «su forma de vida casta, pobre y obediente, aparece como el modo más radical de vivir el Evangelio en esta tierra» (*VC* 18c).

DE LA CARTA APOSTÓLICA ***MANE NOBISCUM DOMINE*** DEL SUMO PONTÍFICE
JUAN PABLO II

AL EPISCOPADO, AL CLERO Y A LOS FIELES

PARA EL AÑO DE LA EUCHARISTÍA

Octubre 2004 - Octubre 2005

I

EN LA LÍNEA DEL CONCILIO Y DEL JUBILEO

Con la mirada puesta en Cristo

6. Hace diez años, con la *Tertio millennio adveniente* (10 de noviembre de 1994), tuve el gozo de indicar a la Iglesia el camino de preparación para el *Gran Jubileo del Año 2000*. Consideré que esta ocasión histórica se perfilaba en el horizonte como una gracia singular. Ciertamente no me hacía ilusiones de que un simple dato cronológico, aunque fuera sugestivo, comportara de por sí grandes cambios. Desafortunadamente, después del principio del Milenio los hechos se han encargado de poner de relieve una especie de cruda continuidad respecto a los acontecimientos anteriores y, a menudo, los peores. Se ha ido perfilando así un panorama que, junto con perspectivas alentadoras, deja entrever oscuras sombras de violencia y sangre que nos siguen entristeciendo. Pero, invitando a la Iglesia a celebrar el Jubileo de los dos mil años de la Encarnación, estaba muy convencido -y lo estoy todavía, ¡más que nunca!- de trabajar «a largo plazo» para la humanidad.

En efecto, Cristo no sólo es el centro de la historia de la Iglesia, sino también de la historia de la humanidad. Todo se recapitula en Él (cf. *Ef* 1,10; *Col* 1,15-20). Hemos de recordar el vigor con el cual el Concilio Ecuménico Vaticano II, citando al Papa Pablo VI, afirmó que Cristo «es el fin de la historia humana, el punto en el que convergen los deseos de la historia y de la civilización, centro del género humano, gozo de todos los corazones y plenitud de sus aspiraciones»². La enseñanza del Concilio profundizó en el conocimiento de la naturaleza de la Iglesia, abriendo el ánimo de los creyentes a una mejor comprensión, tanto de los misterios de la fe como de las realidades terrenas a la luz de Cristo. En Él, Verbo hecho carne, se revela no sólo el misterio de Dios, sino también el misterio del hombre mismo³. En Él, el hombre encuentra redención y plenitud.

7. Al inicio de mi Pontificado, en la Encíclica *Redemptor hominis*, expuse ampliamente esta temática que he retomado en otras ocasiones. El Jubileo fue el momento propicio para llamar la atención de los creyentes sobre esta verdad fundamental. La preparación de aquel gran acontecimiento fue totalmente trinitaria y cristocéntrica. En dicho planteamiento no se podía olvidar la Eucaristía. Al disponernos hoy a celebrar un Año de la Eucaristía, me es grato recordar que ya en la *Tertio millennio adveniente* escribí: «El Dos mil será un año intensamente eucarístico: en el *sacramento de la Eucaristía* el Salvador, encarnado en el seno de María hace veinte siglos, continúa ofreciéndose a la humanidad como fuente de vida divina»⁴. El Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Roma concretó este aspecto del Gran Jubileo. Vale la pena recordar también que, en plena preparación del Jubileo, en la Carta apostólica *Dies Domini* propuso a la consideración de los creyentes el tema del «Domingo» como día del Señor resucitado y día especial de la Iglesia. Invité entonces a todos a redescubrir el corazón del domingo en la Celebración eucarística⁵.

Contemplar con María el rostro de Cristo

8. La herencia del Gran Jubileo se recogió en cierto modo en la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*. En este documento de carácter programático sugerí una perspectiva de compromiso pastoral basado en la contemplación del rostro de Cristo, en el marco de una pedagogía eclesial capaz de aspirar a un «alto grado» de santidad, al que se llega especialmente mediante el arte de la oración⁶. Tampoco podía faltar en esta perspectiva el compromiso litúrgico y, de modo particular, la atención a la vida eucarística. Escribí entonces: «En el siglo XX, especialmente a partir del Concilio, la comunidad cristiana ha ganado mucho en el modo de celebrar los Sacramentos y sobre todo la Eucaristía. Es preciso insistir en este sentido, dando un realce particular a la *Eucaristía dominical* y al *domingo* mismo, sentido como día especial de la fe, día del Señor resucitado y del don del Espíritu, verdadera Pascua de la semana»⁷. En el contexto de la educación a la oración, invité también a cultivar la Liturgia de las Horas, con la que la Iglesia santifica el curso del día y la sucesión del tiempo en la articulación propia del año litúrgico.

9. Posteriormente, con la convocatoria del Año del Rosario y la publicación de la Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae*, mediante la reiterada propuesta del Rosario, volví a proponer la contemplación del rostro de Cristo desde la perspectiva mariana. Efectivamente, esta oración tradicional,

² Constitución pastoral *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo actual, n. 45.

³ Cf. Constitución pastoral *Gaudium et spes*, n. 22.

⁴ Cf. *Tertio Millennio Adveniente*, n. 55: *AAS* 87 (1995), n. 38.

⁵ Cf. *Dies Domini* n. 32-34: *AAS* 90 (1998), 732-734.

⁶ Cf. *Novo millennio ineunte*, n. 30-32: *AAS* 93 (2001), 287-289.

⁷ *Novo millennio ineunte*, n. 35: *I.c.*, 290-291.

tan recomendada por el Magisterio y tan arraigada en el Pueblo de Dios, tiene un carácter marcadamente bíblico y evangélico, centrado sobre todo en el nombre y el rostro de Jesús, contemplando sus misterios y repitiendo las avemarías. Su ritmo repetitivo es *una especie de pedagogía del amor*, orientada a promover el mismo amor que María tiene por su Hijo. Por eso, madurando ulteriormente un itinerario multisecular, he querido que esta forma privilegiada de contemplación completara su estructura de verdadero «compendio del Evangelio», integrando en ella los misterios de la luz⁸. Y, ¿no corresponde a la Santísima Eucaristía estar en el vértice de los misterios de luz?

Del Año del Rosario al Año de la Eucaristía

10. Justo en el corazón del *Año del Rosario* promulgué la Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, en la cual ilustré el misterio de la Eucaristía en su relación inseparable y vital con la Iglesia. Exhorté a todos a celebrar el Sacrificio eucarístico con el esmero que se merece, dando a Jesús presente en la Eucaristía, incluso fuera de la Misa, un culto de adoración digno de un Misterio tan grande. Recordé sobre todo la exigencia de una espiritualidad eucarística, presentando el modelo de María como «mujer eucarística»⁹.

El Año de la Eucaristía tiene, pues, *un trasfondo que se ha ido enriqueciendo de año en año*, si bien permaneciendo firmemente centrado en el tema de Cristo y la contemplación de su rostro. En cierto sentido, se propone como un año de síntesis, una especie de *culminación de todo el camino recorrido*. Podrían decirse muchas cosas para vivir bien este Año. Me limitaré a indicar algunas perspectivas que pueden ayudar a que todos adopten actitudes claras y fecundas.



⁸ Cf. Carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* (16 octubre 2002), n. 19.21: *AAS* 95 (2003), 18-20.

⁹ Encíclica *Ecclesia de Eucharistia* (17 abril 2003), n. 53: *AAS* 95 (2003), 469.